

Después de 96 días de navegacion, los deportados mas infelices tuvieron el placer de ver por vez primera á los veintidos compañeros que ocupaban la cámara clasificados de oficiales, á quienes hasta el dia 27 de diciembre no se les permitió subir sobre cubierta.

El gozo fué reciproco, y aunque los últimos habian obtenido mejor trato que los primeros, se les conocian sus padecimientos, mayormente por la falta de respirar aire libre.

Con todo, habia una notable diferencia entre unos y otros, por manera que los distinguidos no pudieron ocultar la sorpresa y horror que les sobrecogió al observar los semblantes cadavéricos de sus compañeros de exilio.

El año de 1848, tan desastroso para aquellos desgraciados, terminó con otra lamentable desgracia.

José Prís, natural de Egea de los Caballeros, en Aragon, de 27 años de edad, labrador, no pudo tampoco resistir á sus padecimientos, y sucumbió en la noche del 31 de diciembre, víctima de la mas ardiente y devoradora calentura.



CAPITULO XLVII.

LA TORMENTA.

Horrorosa y fatídica fué para los deportados la inauguracion del año 1849.

La primera escena que se ofreció á su vista fué la de estraer el cadáver del infortunado Prís por la escotilla, y colocarle sobre cubierta para verificar el reconocimiento facultativo de costumbre.

Practicada esta aterradora operacion, se le envolvió en sus propias mantas, y sujeto á ellas con cuerdas el fatal saco de arena que habia de acompañarle á la profundidad del abismo, fué arrojado al mar por el costado de babor, en presencia de sus desolados compañeros.

Este espectáculo era tanto mas aterrador cuanto que despertaba en la mente de los deportados el tremendo vaticinio de que se reproduciria con frecuencia, porque los enfermos de gravedad se aumentaban de dia en dia á consecuencia de los escesivos calores que se habian desarrollado de nuevo con inaudita intensidad, cosa

que, el cual se estremecía á este choque á la manera que oscila un edificio por la violencia del terremoto.

La espuma de las tremendas oleadas que parecían elevarse hasta las nubes, descendía á guisa de siniestro rocío que abrasaba los ojos é impedía ver los objetos.

Escapóse la gavia, y corrió la marinería á despejar la mayor del trinquete poniéndola en calzones, con cuya vela y contrafoque siguió la fragata surcando los mares á merced del terrible huracán.

Media hora después estremeciósese el buque á un estrépito horrísono.

Violentísima ráfaga acababa de romper los masteleros de gavia y sobremesana por su medianía, arrancando la canoa del lado izquierdo y llevándola por alto cual si fuera ligera arista, arrojóla á luengo trecho en el mar.

¡Cosa estraña! cuando todos desesperaban ya de salvarse; cuando nadie creía escapar de una muerte angustiosa, cuando mas parecía inevitable el naufragio, desapareció de improviso el huracán.

El primer momento de este inesperado incidente, fué un momento de halagüeña esperanza, fué un momento de alegría general.

Esta alegría duró poco.

A las seis y media de la tarde no se oía ya el aterrador silbido del huracán ni los chasquidos de las velas azotadas por el viento, ni el rechinar de los árboles, ni el choque de las olas que se estrellaban contra el casco.

Semejante calma hacia mas imponente el peligro pasado; pero vaticinaba nuevos peligros á la inteligencia de los hombres de mar.

Fué una calma que solo duró media hora y desvaneciósese en breve las ilusiones de salvacion que habían concebido los viajeros.

Fué una calma sofocante que no dejaba respirar.

Los que habían creído que ya no se ahogarian en el agua, se ahogaban por falta de respiracion, y no tardó en presentarse el nuevo peligro que tan misteriosa y silenciosamente se anunciaba.

A las siete comenzó á bramar el huracán con redoblada fuerza desarbolando por segunda vez los masteleros de gavia, mesana y velacho, partiendo las ruedas del timon y arrastrando en pos de sí las vaticoras.

El mar embravecido elevaba sus gigantescas olas hasta las negras nubes, que se rasgaban tronadoras vomitando centellas, como para alumbrar á intervalos aquel cuadro de destrozos, de espanto y desolacion.

En trance tan angustioso, trescientos tres españoles de los trescientos seis que el bárbaro despotismo había arrancado del seno de sus familias, postrados en sus respectivos departamentos, sin esperanza de salvacion, dirigian unos sus fervorosas plegarias al Altísimo, otros exhalaban lastimeros ayes, dolorosos suspiros al recuerdo de morir lejos de las mas dulces afecciones del alma.

—No hay remedio — esclamaban todos — ha llegado el término de nuestra vida.

¡Y se abrazaban, y se daban el último adios!

¡Y enviaban tambien su eterna despedida á sus hijos.... á sus padres... á sus hermanos... á sus esposas!...

Y los rugidos de la tormenta.... y el fragor del trueno que ahogaba aquellos sordos cuanto desgarradores gemidos... y los gritos del capitán.... y el azoramiento de los marineros..... todo nos recordaba aquella melancólica inspiracion del gran poeta:

¡ Ay! que ese resonante movimiento
 Me abate el corazon! Yo vi las mieses
 Agitadas del viento
 En los estivos meses,
 Y dóciles y trémulas llevarse
 Y en seco son de su furor quejarse.
 Vi el vértigo del polvo, y vi en las selvas
 Contrastados tambien los altos pinos
 Sacudirse y bramar; mas no este ciego,
 Este hervir vividor, estas oleadas
 Que llegan, huyen, vuelven,
 Sin cansarse jamás: tiembla la arena
 Al golpe azotador, y tú, rugiendo
 Revuélveste y sacudes
 Una vez y otra vez: al ronco estruendo
 Los ecos ensordecen,
 Los escollos mas altos se estremecen.
 Cesa ¡oh mar! cesa ¡oh mar! ten compasivo
 Piedad del flaco asiento
 Que me sostiene exánime y pasmado.
 ¿No me oyes, no? ¿y violento
 Te ensoberbeces mas? ¡Ya desatado
 El horrendo huracan silba contigo!
 ¿Qué muralla, qué abrigo
 Bastarán contra tí? Negras las olas
 A manera de sierras se levantan,
 Y en hondos tumbos y rabiosa espuma
 Su furia ostentan y mi pecho espantan.

Entre el general conflicto, el interesante jóven Manuel, hermano de María, abrazando tiernamente á su padre, exclamaba con dolor:

—Padre mio, ya no volveremos á Madrid.

—Es verdad, hijo de mi vida —repuso Anselmo con amargura; —pero ya que estamos condenados á morir... sin el consuelo de abrazar á tus hermanas... de recibir las últimas caricias de María y de Rosa... no te separes de mi, hijo mio... abrázate fuerte-

Camacho

5/29/28.

Montes, M.L.

mente... Sentiria que la violencia del huracan nos separase...

—Dice usted bien, padre... muramos juntos.

—¿Qué es eso de morir? —esclamó el negro Tomás que detrás del padre de María completaba este interesante grupo. —He pasado yo tormentas mas horrosas... y en cuanto á nadador, ni los mismos peces me aventajan en agilidad.

Los que han leído la *primera época de María*, saben que no carecia de fundamento la vanidad que este buen negro habia tenido siempre de ser uno de los mas hábiles nadadores.

—No te separes de nosotros — dijo en tono suplicante Manuel.

—Pierda usted cuidado, señorito... mientras quede una tabla, yo haré que nos lleve á puerto de salvacion. Eran las diez cuando un horrible estruendo vino á interrumpir este coloquio.

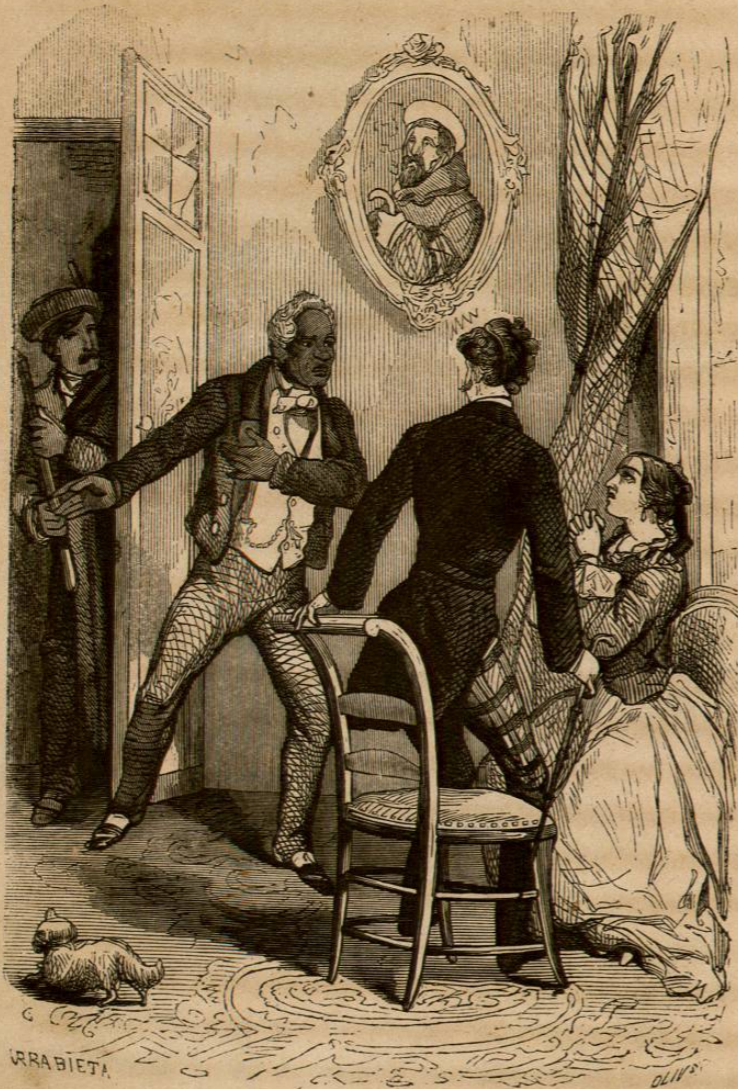
El palo trinquete habia caido sobre el costado de babor destrozando toda la obra muerta.

El ruido que produjo á su caida fué semejante á la detonacion de un disparo de artillería del mayor calibre.

La tripulacion trabajaba sin descanso, alentada por el ejemplo de su piloto, quien repetia con la bocina la voz del capitan, que al desplomarse el trinquete, se hallaba sobre toldilla amarrado para no ser víctima de los embates de las olas ó de la violencia de las ráfagas.

A las once y media sonó otro estrépito aun mas aterrador.

Era el palo mayor que habia cedido tambien á la fuerza del huracan rompiéndose á cercen por su nacimiento, y arrastrando tras sí la járcia, que fué indispensable picar al punto, quedándose el buque *dormido* bajo el enorme peso de los dos árboles que le abrumaban colgando por la banda de babor.



(9)

(Ayguals de Izeo hermanos, editores.)

Historia de Camacho

El peligro era inminente... bastaba una oleada para acabar de volcar el buque.

—¡A la bomba, hijos míos!— gritó con estentórea voz el capitán.

Y los marineros acudieron provistos de hachas que pedía el piloto con premura para picar los cabos.

Cortáronse las cuerdas, y afortunadamente en aquel crítico momento, una oleada furiosa chocó contra la popa del buque y le sacó de la postracion peligrosísima en que se hallaba.

—¡Hachas aquí!— gritó una voz.

Y acudieron los marineros á cortar los obenques en los cuales habia quedado el palo mayor sujeto.

Fueron efectivamente cortados con extraordinaria rapidez, sin evitar por eso que dicho palo quedase sujeto de un cable que no fué posible encontrar hasta la madrugada; y marchando por consiguiente junto al buque, le castigó durante la noche con recios golpes que fácilmente hubieran podido destrozarle, y dando entrada al agua, ocasionar el trágico desenlace que todos temian.

Pocas esperanzas de salvacion quedaban ya.

Gobernado el timon desde la cámara baja, no quedaban mas palos que el mesana y bauprés. Nadie habia sobre cubierta.

De improviso exhala un timonel cierto grito que aumentó el general espanto, la consternacion, la desconfianza.

Anunció que la caña del timon (que es una barra de veinte pulgadas de circunferencia) se habia roto; pero en aquel instante, y conociendo toda la estension de este mal, se precipitaron á reemplazarla con otra que existia de respeto, y en diez minutos se ejecutó esta operacion dificilísima en aquellos momentos en que el balance del buque era horroroso.

Reducidos al casco de la fragata, sin recurso alguno que oponer á la tempestad, y enteramente abandonados al capricho de las soberbias olas, no habia mas esperanza que en la voluntad de Dios.

A él dirigian todos las mas fervientes oraciones.

Era un momento solemne.

Dios se mostró benigno, y el huracan cesó cuando ya el casco hacia agua, y se hallaba en tan lastimoso estado que no podia resistir por mucho tiempo la tormenta.

La última ráfaga de viento se llevó, á las dos de la madrugada, el bote de estribor, gallineros, barandas y escalera de la toldilla.

De la hermosa fragata *Colon* no quedaba mas que un casco desmantelado, con los palos, cruces, vergas y jarcia, tendido todo sobre cubierta; espectáculo aterrador que llenos de estupefaccion contemplaron todos á las altas horas de la noche, al escaso resplandor que despedia la luz de la cámara, y la que el fatigado contraamaestre tenia en su camarote.

Pasado este primer asombro, todos se retiraron á sus respectivos dormitorios á esperar el dia para juzgar mejor de su desgraciada suerte.

Con ávida impaciencia aguardaban á la nueva aurora, primer dia de su nueva existencia, tal habia sido el inminente riesgo en que habian estado de perderla.

¡Rayó por fin!... brilló el sol, y vieron con espanto el destrozo causado por el temporal.

La cubierta estaba impracticable.

La jarcia rota y tendida por todas partes.

Los palos hechos pedazos, y algunos con velas flotando por el mar.

El palo mayor fluctuaba á no luenga distancia del buque, y el trinquete sobre cubierta, apoyaba su cabeza en la obra muerta del costado de babor que destrozó en menudos fragmentos.

Todo era desolacion, todo escitaba tristeza y desconsuelo.

Semblantes lívidos, cadavéricos.... ojos desencajados, humedecidos aun por el llanto y el pesar..... seres inanimados, en fin, por la fatiga y la falta de alimento, era lo que se encontraba sobre el casco de la fragata, que veinticuatro horas antes tan bella y orgullosa surcaba las aguas del Océano índico; y que aun después de la tormenta podia ostentarse altiva y satisfecha de haber resistido por tanto tiempo los embates de los elementos desencadenados en tremenda lucha, que no pudieron destruirla, ni arrebatarle la gloria de haber salvado la vida á cuatrocientos veintiseis hombres entre deportados y tripulacion.

A las cinco y media de la mañana se mandó picar la bomba, y todos á porfía se disputaban hacerlo.

Como no es en estos casos justo ni prudente entregarse al descanse, por mas que el ánimo desfallecido lo reclame, dirigió la palabra el capitan á los primeros presos que encontró, que fueron don José Gonzalez Carbonera y don Vicente Isturiz, manifestándoles si podia contar con todos para las diferentes obras que habia de practicar.

Un sí general, hijo del noble y generoso carácter español, resonó por todas partes; y desde entonces comenzó á notarse tal animacion y vida en la fragata, que formaba gran contraste con la postracion y silencio sepulcral que anteriormente reinaba.

Pocos momentos después presentaba la cubierta el aspecto de un astillero.

Allí los carpinteros de oficio, labrando palos y abriendo la caja

en que habia de colocarse el nuevo provisional trinquete, allí otros serrando el que se habia roto para arrojarle al mar porque era imposible en una pieza, allí los mas recogiendo jarcia, tirando de los cabos á la ya ronca voz del contramaestre y piloto, allí ocupados algunos en la cofa del mesana para descolgar sus masteleros rotos, presentaban todos un conjunto de inmensa ebullicion, trabajando con indecible afan y hasta con júbilo, haciendo esfuerzos que atendido su lastimoso estado, podian justamente calificarse de heróicos.

El dia fué despejándose mas y mas.

A las ocho de la mañana, el sol que desde su salida parecia enlutado por un crespon transparente, derramó con toda claridad sus benéficos rayos, como si se gozara en prestar su luz para las operaciones que se practicaban en aquel improvisado arsenal.

La noche siguiente fué tambien templada y serena.

Tambien el magestuoso disco de la luna quiso favorecer con sus argentinos resplandores á los que con tanto afan trabajaban; y hasta las brisas parecia que aspiraban á secar el copioso sudor que manaba de la frente de aquellos infortunados.

Con todo, fué preciso suspender las labores, para darles el necesario descanso que tanta falta les hacia.

A los primeros crepúsculos de la nueva aurora, ya todos estaban sobre cubierta, ansiosos de emprender de nuevo su trabajo.

¡Y á estos hombres habian calificado de *vagos* los periódicos que recibian salario para adular á los opresores!

Estos *vagos* no necesitaron que se les llamase para emprender de nuevo sus tareas; sus manos estaban encallecidas por el ejercicio de sus respectivas y honradas profesiones, y cada cual se entregó con ardor á la faena que se le destinaba ó á la que se consideraba mas útil.

Hermosísimo fué tambien el segundo dia que presidió á estos trabajos.

Sin embargo, el calor era sofocante: el mar estaba en completa calma, y el buque sin balance alguno favorecia á los trabajadores.

La primera operacion que el capitán consideró mas esencialmente necesaria para arribar á tierra, fué, como era natural, reemplazar los palos perdidos, y así lo dispuso.

Fué tal la diligencia con que todos trabajaron, que á las cinco de la tarde, tiraban ya de los cabos para colocar el nuevo trinquete.

Esta operacion fué en extremo penosa, especialmente para nuestros deportados, cuyo rostro se veia cubierto de copiosísimo sudor; pero nadie, nadie absolutamente quiso eximirse de esta ocupacion, y mezclados todos, coadyuvaron al mejor éxito, marineros, pasajeros, los individuos de tropa y los deportados; y en todos, incluso los infelices presos, se mostraba el júbilo y la alegría, tal es el natural efecto de haber salvado la vida á través de mil azares que hacian recelar una muerte desastrosa.

Los ranchos de aquellos dias se mejoraron notablemente.

Se concedió libertad á todos para andar por el buque.

El capitán habia hecho de la necesidad virtud.

Los carpinteros concluyeron de asegurar el palo á las once de la noche, que aunque endeble porque no podia hacerse otra cosa, fué suficiente, andando poco, para llegar á puerto de salvacion.

En pos de este trabajo primordial, se retiraron los deportados á descansar, alumbrados por una luna radiante y hermosa.

Para aplacar el sofocante calor, los trabajadores habian recibido un cuartillo de agua mezclada con vinagre y azúcar; y este vulgar refresco les pareció una bebida esquisita.

Duraron los trabajos hasta el dia 12, y era verdaderamente admirable que en siete dias se hubiese conseguido poner el buque en el estado en que se hallaba; pues si bien es cierto que la solidez de los palos no era la que requieren las reglas de la construccion náutica, tenian sin embargo, esceptuando el caso de un recio temporal, la suficiente resistencia para arribar á tierra, no obstante de que se hallaban aun á cerca de cuatrocientas leguas de distancia de la isla mas próxima, donde pudieran reparar de un modo satisfactorio la avería sufrida.

La esperanza de salvacion iba cundiendo y tranquilizando los ánimos.

No se sabia con certeza dónde seria la arribada forzosa, aunque se calculaba tendria efecto en la isla de Batavia, que pertenece á la Holanda.

Entretanto el calor era mas insufrible que nunca; y bien fuese por este motivo, ó en premio del afán y acierto con que los deportados habian trabajado para la recomposicion de la fragata, se les permitia subir sobre cubierta á respirar el aire libre; se regaba con vinagre su habitacion todos los dias, y se tomaban otras disposiciones higiénicas, desconocidas hasta entonces, debidas en gran parte á los consejos del deportado profesor de medicina don Ramon Fernandez, á quien el que lo era del buque respetaba mucho.

En los siguientes dias sufrieron algunas calmas sin adelantar nada en su navegacion, cosa que desesperaba á todos indistintamente.

Por fin, resonó por todos los ángulos del buque una voz de júbilo.

Descubriase tierra en lontananza.

La alegría de los deportados solo puede compararse con la que

sintió el famoso Colon cuando vió por primera vez las playas del Nuevo Mundo.

Semejaba tambien que aquellos infelices divisaban de nuevo la tierra do habian nacido, y su alborozo era igual al del trovador italiano, que á la vista de su querida patria, prorumpia en estas tiernísimas reflexiones:

Qual vivace e serena
 Aura sento spirar che mi rierea,
 E ogni nobil desio nell' alma avviva!
 Pur ti riveggo, amena
 Sponda ov' io nacquí, e i primi anni godea.

Mas ¡ay! la tierra que los deportados tenian á la vista, no era el suelo que meció su cuna... ni el término de su viaje.

Aun tenian que sufrir nuevos contratiempos antes de arribar á su destino, y dejar la inmensidad del Océano entre ellos y su patria, entre el corazon y sus mas dulces afecciones.



CAPITULO XLVIII.

LA BAHÍA DE BATAVIA.

En efecto, el 18 muy temprano, aunque confusamente, divisaron tierra.

A proporcion que se iban aproximando á ella, crecia el contento de aquellos infelices, á pesar de que, como hemos dicho, no era aquel el término de su larga y penosa navegacion, puesto que lo que se descubria eran las islas de Java y Sumatra por entre las cuales habian de tomar el estrecho de Sonda para pasar á Batavia, puerto perteneciente á la primera.

El 19 al subir á cubierta por la mañana vieron ya tierra á la distancia de un tiro de fusil, en una línea dilatada correspondiente á los Malayos.

En toda ella no se distinguian mas, ni se divisaba habitante alguno aunque los hay.

El buque viró diferentes veces, y siempre tuvieron tierra á un